

«El lobo querido» había perdido por completo todos sus escrúpulos en el espacio de algunas semanas, olvidándose enteramente de la buena enseñanza que había recibido en el colegio Lavertue.

Tan luego como había sentido en su cartera los cinco billetes de mil francos que le había dado M. Gigant, había experimentado al mismo tiempo una imperiosa necesidad de libertad é independencia que hasta entonces no había conocido.

Ni la idea de las angustias que iba á hacer sufrir á «Bebella adorada» fué capaz de hacer entrar á aquel corazón gangrenoso en mejores sentimientos.

«El horrible monstruo» empleó algunas semanas y todos sus cinco mil francos en hacer un viaje de exploración por todas las cervcerías de la capital.

Y lo hizo tan bien, que una mañana se encontró en medio de la calle borracho como un mozo de cordel, y sin un cuarto en el bolsillo; no quedándole ya más que un solo recurso: el de ir á implorar el perdón de Bebella.

Solamente que la idea de pensar las consecuencias de semejante paso, le espantó y le hizo diferir el darlo, dejándolo para la última extremidad.

M. Gosse hubiera podido utilizar sus conocimientos en materia de estilo, en la redacción de un hermoso tratado sobre los lúpulos comparados.

Pero á ese trabajo honrado, aunque aleatorio, prefirió otra ocupación tan expeditiva como infame.

Ya que M. Gigant le había pagado tan caras las dos cartas de Fritz, el coronel, por su parte, le pagaría también generosamente la advertencia que él le diese acerca de lo que contra él se tramaba.

Y hé aquí como Gosse se pasó al campo de Agramante, y de aliado de Gigant se hizo el aliado del coronel.

Aparentando no prestar ninguna atención á los negocios particulares de «Bebella adorada», hacia largo tiempo que el «lobo querido», desde su rincón, observaba las singulares trapiondas que pasaban en su casa.

Fingía tan bien el inocente y el cándido, que la buena comadrona no se ocultaba más de él que de su gato.

Cuando Liliás estaba todavía de pupila en casa de la Gosse, el «lobo querido» había visto muchas veces venir á ver á la niña á madama de Monte-Cristo en compañía de madama de Puysaie.

Después, con motivo del enredo de Ursula, había visto venir también á su casa á una mujer hermosa, de modales excéntricos que se hacia llamar Aurelia y que se hacia la misteriosa en estas visitas.

Y Aurelia y la condesa de Monte-Cristo tenían entre sí una semejanza extraordinaria.

Esta semejanza que, al fin y al cabo, era evidente á todos los del gran mundo de París, lo fué mucho mayor para el escribiente-memorialista, y fijó más la atención en ella al ver á dos personas tan parecidas, pero de clases tan diferentes, mezcladas en el mismo asunto.

Esto no le hacia concebir sino una ligera sospecha de la que él no habría podido sacar ninguna consecuencia, pero

para el coronel Fritz á quien se la comunicó, fué un gran rasgo de luz.

Reconoció desde luego, en el modo con que había sido conducido este negocio, la *manera* ordinaria de proceder de M. Gigant.

¿No era así como en otro tiempo había puesto en evidencia á Nini Moustache para arruinar á Loredano? Pues entonces, para él era claro que Aurelia era su instrumento, y que se servía de ella para otro negocio de la misma especie, poco más ó menos.

Y como de esta empresa, Gigant no había dado cuenta al coronel, sino al contrario, se había abstenido de hablarle de ella y le había hecho misterio, era claro que la tal empresa iba dirigida contra él.

Todas estas suposiciones y consecuencias eran tanto más lógicas y plausibles cuanto que, desde su última disputa con M. Gigant, no había vuelto á verle personalmente, y cuando el hombre de negocios había tenido necesidad de darle algunas instrucciones, se las había transmitido por medio del doctor Toinon.

Estas instrucciones, ó más bien estas órdenes, cuyo objeto no comprendía el coronel, las había ejecutado, sin embargo, puntualmente; pero cuantas veces había ido á pedir algunas explicaciones á su cómplice, se había encontrado con la puerta cerrada.

Hoy le quedaban explicados todos los manejos y subterfugios de M. Gigant: estaba ahora seguro de que le vendía; así exclamó:

— ¡Bueno! puesto que quiere la lucha, lucharemos.

## XXX

FAC ET SPERA.

Aquella noche había gran baile en la Opera.

Y tanto en los palcos como en las galerías, en la sala y en todos los demás puntos, se hubieran podido encontrar algunos de nuestros principales personajes.

Aun en medio del tumulto, M. Gosse llamaba la atención, tanto por su desarrapado disfraz de Numa Pompilio, como por lo disparatado de su baile.

Loredano y el coronel Fritz, de frac negro, se hallaban en un palco.

Y en fin, M. Gigant, mal disfrazado, con una enorme nariz postiza, se paseaba por entre los grupos en el salón de baile.

Este general del vicio revistaba, sin duda, á su estado mayor.

Acompañábase un personaje alto, de rostro amarillento, flaco, que se divertía en dar un pellizquito á la una, un estironcito de orejas á la otra, ó una palmadita sobre alguna

espalda descubierta; á cuyas demostraciones familiares respondían las mujeres con quienes se las permitía, diciéndole: ¡Ah! mi querido doctor.

Y verdaderamente que el doctor Toinon no envejecía: es cierto también que nunca había parecido joven.

Era la flor y nata de la galantería. Ni en París, ni en Limoges encontraba cruces, ni ariscas entre... las mujeres fáciles.

La pareja que más llamaba la atención aquella noche, eran dos dominós enteramente negros, con un lazo igualmente negro sobre el hombro.

El uno de estos dominós se hacia notar por su elevada estatura, el otro, algo más pequeño, por su aire verdaderamente aristocrático.

Debía ser, sin duda, alguna gran señora que había querido satisfacer su capricho de venir á ver el baile de la Opera.

¡Oh! esta gran señora seguida y perseguida sin cesar, pero nunca alcanzada, ¡cuántos corazones de inexpertos estudiantes y de mancebos de comercio había hecho palpar desde que el reló del salón de descanso había sonado la hora de la cena!

Así es que se apiñaban y se empujaban en torno de la pareja silenciosa.

Pero esta pareja continuaba su paseo sin que se preocupase, al parecer, de lo mucho que llamaba la atención, y sin responder á nada de cuanto le decían.

En aquel momento Numa Pompilio hizo un paso tan original, que hasta los agentes encargados de la policía de la sala, se escandalizaron. Con este motivo se armó una disputa en medio del salón, hubo ruido, y la gente, como siempre sucede, acudió al ruido.

La pareja entonces se aprovechó de este incidente para desaparecer.

Y no se la volvió á ver después que el tumulto se apaciguó.

Mientras tanto, el coronel, inclinado sobre la barandilla del palco, creyó reconocer á M. Gigant, y dejando allí á Loredano, se apresuró á bajar á la sala del baile para reunirse con él.

Loredano, después que se quedó solo, se puso á contemplar con una melancolía llena de desden el espectáculo grotesco y triste á la vez que en otro tiempo había hecho sus delicias, cuando sintió apoyarse sobre sus hombros una mano firme y nerviosa.

Debía ser sin duda una mano de mujer. Se volvió con viveza, y se encontró cara á cara con el más pequeño de los dos dominós negros.

Se levantó en seguida, por galantería, para ofrecerle la delantera del palco; pero el dominó negro rehusó por medio de un ademán.

— Guardad vuestro asiento, le dijo el dominó con una voz dulce y armoniosa que no recordaba haber oído nunca: yo no tengo más que dos palabras que deciros.

— Lo siento, dijo galantemente el conde, dos palabras es bien poco.

El dominó, afectando una monería debajo de su careta, le dijo con voz risueña:

— ¡Una galantería!... qué ¿ya no amais á la pobre Nini Moustache?

El conde se estremeció, y á esta pregunta respondió él haciendo otra:

— ¿Quién sois?

— Adivinado si podeis, contestó el dominó. Todo lo que yo puedo deciros, es que yo soy amiga vuestra; amiga sincera.

Después de un corto silencio, el dominó continuó:

— ¿Queréis saber noticias de Hortensia?

Esta vez el conde dió un brinco y dijo:

— No hay remedio, es preciso que yo sepa quién sois.

— Ya os he dicho que yo era amiga vuestra: ¿queréis una prueba de ello? Pues bien, escuchad: Mañana por la noche, después del baile que da la baronesa Matifay, volvereis á ver á vuestra mujer.

Y antes que el conde hubiese podido cogerla por la mano para retenerla, la mujer enmascarada se había lanzado al corredor, después de haber cerrado la puerta del palco con un ruido seco.

Loredano salió corriendo en su seguimiento; pero al salir se tropezó con Fritz que volvía á reunirse con él.

También él estaba pálido y tenía el aire trastornado.

— ¿La has visto? le preguntó el conde.

— ¿A quién?

— A un dominó negro con un lazo negro en el hombro.

— Precisamente es á ese dominó al que yo ando persiguiendo, dijo el coronel. Ese bromista de mala especie me acaba de detener en la sala de descanso, y se me ha escabullido en el momento mismo en que yo le iba á pedir razón de sus palabras.

— Acaba de salir de aquí, dijo el conde, y es preciso que lo encuentre. Porque hay bromas que traspasan todos los límites, y que no son permitidas, ni aun en el baile de máscaras de la Opera.

Hé aquí lo que ocurrió en la sala de descanso de donde venía el coronel.

No habiendo podido encontrar á M. Gigant en el salón del baile, lo andaba buscando entre los innumerables trajes negros y dominós, cuando sintió que le agarraban del brazo.

— ¿Cómo es eso, coronel? le dijeron al oído, dejamos solo á ese pobre Loredano para ir á buscar á M. Gigant; pero es el caso que el amigo Gigant ya no está aquí.

— No sé lo que quieres decir con tu Loredano y tu Gigant, respondió secamente Fritz.

— ¿Te incomoda? señal que tienes mal genio, dijo el dominó; y yo ¡que venía buenamente á hacerte una advertencia que vale más que un buen consejo!

— Veamos la advertencia.

— ¿Y el consejo?

— Bueno: los dos.

— Entonces permíteme que te haga una pregunta: ¿eres valiente?

— Creo que sí.

— Pues en ese caso ves mañana a la sala de esgrima.

— Y ¿si no lo fuese? preguntó el coronel tratando de reir.

— Entonces lárgate para Bélgica. Ahora es tiempo, porque necesitan allí un buen primer galan en Lieja.

— ¡Caballero!... exclamó el coronel.

Pero ya en este momento el brazo de su interlocutor se había desprendido del suyo, y apenas si pudo apereibir su cabeza cubierta con la capucha, á la otra extremidad del salon.

El coronel Fritz y Loredano bajaron corriendo la escalera de los palcos, y se fueron á la puerta de salida.

Apenas habian pasado dos minutos desde su doble aventura, y los empleados les dijeron que hacia mas de dos horas que no habian visto salir ningun dominó blanco ni negro, ni de ninguna especie.

Seria poco mas de la una y media de la mañana, y el baile se hallaba en lo mas vivo de su animacion.

Buscar un dominó negro en medio de aquella confusion, de aquella multitud inquieta, alegre, bulliciosa y enloquecida, como si tuviese un acceso de rabia danzante, era una locura.

Loredano y el coronel se colocaron lo mas cerca que les fué posible de la puerta de salida, y aguardaron.

De este modo se creian seguros de coger al dominó negro en el momento en que fuese á salir.

Pero se engañaban, porque en el salon del baile ya no habia ningun dominó negro con lazo sobre el hombro.

Las dos personas que habian llamado tanto la atencion durante algunos momentos, habian desaparecido como por encanto.

No eran solo las miradas de Loredano y del coronel Fritz las que los andaban buscando, sino las de otras muchas personas que habian presenciado su entrada en el salon y observado sus maneras altivas y desdeñosas; pero todas las pesquisas que hacian, por mera curiosidad y porque aquellas maneras les habian llamado la atencion, para buscar á la pareja de los dominós negros, quedaron tan infructuosas como las que Loredano y Fritz hacian por interés personal.

Se pasaron una, dos y tres horas, y el salon fué quedando vacío poco á poco. Si se hubiese querido poner un poco de cuidado, se habrian podido contar los aficionados rabiosos que no dejan el baile hasta que no tienen con quién hacer pareja.

No se veia ni un solo dominó negro parecido á los que se buscaban.

No habia mas que un gran dominó azul arrastrando del brazo otro dominó pequeñito de color de rosa con quien, al parecer, se divertian mucho.

No se le secaba la lengua, como vulgarmente se dice, y su pequeña pareja no le iba tampoco en zaga.

Se habia formado círculo alrededor de ellos, y los chistes y las zumbas iban y venian del centro á la circunferencia y de la circunferencia al centro, con una verdadera verbosidad italiana.

Ellos dos solos, el dominó azul y el rosa, hacian frente á toda la concurrencia, y bastaban.

Eran tan aplaudidos y estaban tan en boga, que hacian olvidar la que antes habian tenido los dominós negros, y poco faltaba casi para que se los llevase en triunfo.

Pero á pesar de aquellas jocosas maneras, como el hombre tenia brazos muy fornidos y muñecas sólidas, no se atrevian á llevar las bromas mas adelante, y todo se quedaba reducido á palabras.

Se les incitaba, se les provocaba con sonrisas y ademanes, pidiendo como un favor, por decirlo así, alguna palabrita picante, algun chiste.

— Y ¿á mi no me dices nada, tú el del gran dominó azul? exclamó M. Gosse, cuyo casco de bombero, abollado é inclinado sobre la oreja, le daba un aire grotescamente cómico.

— ¡Ah! contestó el dominó azul, es ese pobre «lobo querido» de Gosse. ¿Qué va á decir, al verte así, la «Bebella adorada»?

Todos se echaron á reir, y como eran las cuatro de la mañana, y las cabezas se hallaban achispadas, al grito de ¡Gosse! ¡Gosse! y con acompañamiento de grandes risotadas, le hicieron dar una vuelta en el aire al rededor de la sala.

En el entretanto, el dominó rosa se acercó al oido de M. Gigant, que se habia aproximado al grupo con los otros curiosos, y con una voz que le era bien conocida, le dijo despacito estas palabras:

— *Fac et spera.*

El coronel Fritz no era el tipo del valor caballeresco, pero tampoco era un cobarde.

Al frente de un peligro conocido y claro, no habria retrocedido, no sin dejar de tener algun temor, sin duda, pero con paso firme y frente erguida.

Pero aquellas amenazas vagas que le venian por todas partes, le causaban irritacion de nervios y le preocupaban.

M. Gigant le vendia.

Querian perderle; pero ¿cómo? ¿de qué manera? ¿cuándo?

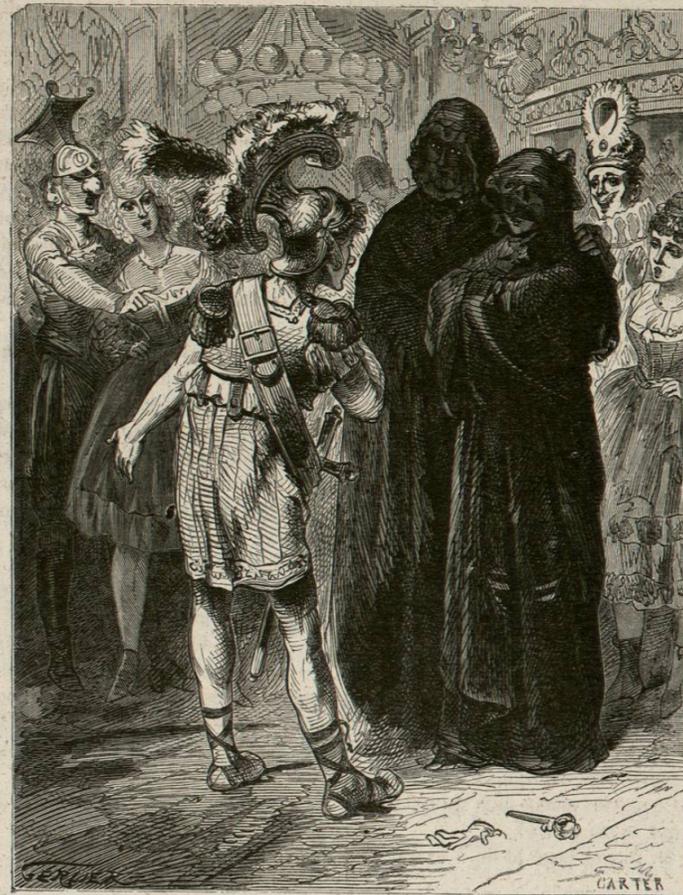
No era por la lucidez de su espíritu por lo que brillaba aquel Lovelace: así es que en vez de tratar de indagar y orientarse, preferia dirigirse á M. Gigant para pedirle la explicacion de aquel enigma y de todos aquellos misterios de que se veia rodeado y envuelto como por una tela de araña.

Quería, en fin, saber á ciencia cierta cuál era su situacion y la de sus cómplices, sin perjuicio de emplear medios violentos, en el caso que se negasen á darle explicaciones.

Al amanecer se presentó, pues, en casa de M. Gigant, con su levita abrochada, un baston en la mano, sério y frio como el testigo de un duelo.

Esta actitud llamó la atencion de M. Gigant desde el momento que le vió entrar en el cuarto; pero como aguardaba su visita, estaba decidido tambien, por su parte, á quemar sus naves.

Así fué que no se desconcertó.



M. Gosse, cuyo casco de bombero le daba un aire grotescamente cómico.

Lejos de eso, se sonrió con su sonrisa mas mala.

— ¡Diantre! qué aire helicoso teneis, coronel. ¿Tenemos acaso algun mal negocio entre manos?

— Puede ser, respondió Fritz secamente.

— En ese caso, dijo negligentemente M. Gigant, es menester ir á la sala de esgrima.

M. Gigant pronunció esta frase con la misma indiferencia que hubiese pronunciado otra cualquiera, sin segunda intencion, pero el coronel la entendió de otra manera, porque estas eran las mismas palabras que le habia dicho al oido el dominó negro.

Creyó que el hombre de negocios se burlaba de él, y arrugó el entrecejo.

M. Gigant continuaba sonriéndose, y le dijo:

— Al ver tu aire, se diria que es conmigo con quien tienes ganas de emprenderla.

— Quizás, respondió Fritz; y en seguida se sentó.

Luego añadió:

— Eso depende de la explicacion que vas á darme.

— ¿Una explicacion? preguntó M. Gigant, aparentando sorpresa.

El hombre de negocios comprendió que esta vez no podia retroceder para buscar una puerta falsa por donde escaparse, como el otro dia, y cambiándosele algo el color, por que sabia que aquel diablo de coronel era algo brutal en sus maneras, y él nada valiente, esperó, sin embargo, la embestida á pié firme.

— Te escucho, le dijo.

— Ni tú ni yo valemos gran cosa, empezó diciendo el coronel. No obstante, como aun entre pillos hay cierta probidad relativa á la que yo no he faltado nunca, me temo que no haya sucedido lo mismo por tu parte.

— ¿Qué motivos tienes tú para creerlo así? preguntó M. Gigant afectando una gran serenidad.